

EL

HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE"

Director: GUILLERMO ANDREVE.



15 de Febrero de 1905

El Gran Especifico

Para aumentar y
embellecer el Cabello



Una familia entera
con una preciosa

Cabellera

debido á este

REMEDIO

Las siete hermanas

SUTHERLAND

SUTHERLAND
SISTERS
HAIR GROWER

DE VENTA EN LA FARMACIA CENTRAL

AMERICAN TRADE DEVELOPING COMPANY

Comerciantes, Comisionistas Importadores, y Exportadores

Banqueros de —American Express Company—
Pitt & Scott Express Company

AGENTES DE The Board of Hamburg Underwriters,
Union Assurance Society, London; Mannheimer Insurance
Company, Curtis's & Hervey Limited Gunpowder; West-
falicher Loyds, The Bradstreet Company, Deutscher
Loyds, Berlin; Compañía de Aseguros Marítimos 'El Día',
Upper Rhine Insurance Company; Deutsch Dampfschif-
fahrts Gesellschaft "KOSMOS,"

VENDEMOS A LOS PRECIOS MAS REDUCIDOS DE LA PLAZA

Kerosene, Jabón, Velas, Mantequilla, Azúcar, Alambre de Púas, Pro-
visiones, Leche Condensada, La afamada CHAMPAGNE de Chales
Heidsieck, y Cognac Bisquit Dubouche.

¿CUAL ES LA HORA FIJA?

Para obtenerla usen ustedes un reloj de precisión como de

OMEGA

Longines, Roskopf, Berna, Tavannes y
WALTHAM WATCH Co.

Unico Agente:

José Misteli.

EL MAGEN MAS SURTIDO EN JOYERIA Y ARTICULOS DE FANTASIA.
Todo GARANTIZADO

Artículos enlozados, blancos y decorados

EMANUEL LYONS

Importador,
Exportador y
Comisionista.

CARRERA DE BOLIVAR

Cuchillería superior, Lámparas
de colgar y de pie, Útiles para
el servicio de la casa, Molduras
y vidrios para Cuadros

El surtido mas completo de ferreteria

Cemento, Hierro acanalado, Pin-
turas, Material de construcción.

Las mejores herramientas para artesanos

¡¡ Precios Sin Competencia !!

Artículos electro plateados de las mejores marcas

EL MERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

Director: GUILLERMO ANDREVE

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE"

PROMESA CRISTIANA

A GABRIEL GUIZADO COSTA

DEL LIBRO CUENTOS PARA TI



FUÉ en Bethania, en la casa de Lázaro. Marta llena de respeto y de cariño por el Maestro, sentada no lejos de él, servíale con humilde atención. Jesús lleno de tranquilidad junto á una mesa, mascaba con lentitud higos de Smirna que Lázaro para agasajarlo había comprado á unos mercaderes que de Oriente marchaban hácia el mar.

María de Magdala, reclinada en el marco de una ventana por la que entraba la brisa fresca y perfumada de la tarde, lustraba con un pedazo de piel finísima, comprada en Akra, sus uñas sonrosadas y sus manos de cortesana, blancas y suaves por el continuo ocio. Tonos admirables y reflejos dorados arrancaban los últimos rayos del sol poniente á su cabellera rubia, larga y rizada, siempre lustrosa y siempre bellísima.

Marta dijo:

— Maestro, ved á María

Jesús volvió la cara y dirigiéndose á ésta, con tono paasado y enérgico, la dijo:

— Si aún adoras las cosas de este mundo, no debes pensar en mí, que si amo el aseó, bien me has oído condenarlo cuando ya pasa á ser liviandad y tentación.

María avergonzada y con las mejillas enrojecidas, inclinó la cabeza y repuso:

— Perdón, Maestro.

Después, acercándose á un espejo, desató sus rizos preciosos y perfumólos con nardo de Tiberíades

Jesús que la observaba, díjole poniéndose en pié:

María, repito que no puedes ser de mi rebaño porque aún hay en tu sér, mucho de los caprichos adquiridos durante tu vida pasada.

No me sigas, pues. Desde hoy te lo prohibo,

Y el Maestro se dirigió hacia la puerta para irse.

Magdalena corrió y arrojándose á sus plantas díjole sollozando:

Todo, Señor, por vos; todo lo abandono pero vos sois bueno y—ya que quiero ser buena—concededme una gracia: prometedme que, vos que todo lo podéis, en época oportuna, adornaréis con la cabellera más linda de la tierra á una mujer hermosa y buena. Yo no me enorgulleceré más de mis cabellos que siempre han sido, por lo bellos, mi más apreciada prenda. Hacedme esa gracia, Señor!

Jesús entonces apoyó sus manos blancas sobre la cabeza admirable de la antigua pecadora, y:

La Ultima Gaviota

Como una franja temblorosa, rota del manto de la tarde, en raudó vuelo, se esfuma la bandada por el cielo como buscando una ribera ignota.

Lejos, muy lejos, sigue una gaviota, que con creciente y pertinaz anhelo va, de la soledad rasgando el velo por alcanzar la banda ya remota.

De la tarde surgió la casta estrella y halló siempre volando á la atrasada de la randa patrulla tras la huella.

Historia de mi vida compendiada: porque yo soy, cual la gaviota aquella, ave dejada atrás por la bandada.

Enero de 1905

RICARDO MIRÓ.



Ante un álbum

Satinada la hoja ¡blanca y bella!
; Cuánto provoca al pensamiento mío,
como nevada gota de rocío,
el alma inspiración dejar en ella!

Describir los fulgores de la estrella;
El frondoso bosque; el mango río;
La brisa susurrante del estío,
Y del ave la tímida querella.

Describir con un tinte la alborada,
La excelsa magestad de tu alma pura
en tus divinos ojos reflejada.

Mas no, que tu pureza allí fulgura
Como lampo de luz inmaculada
Y empañar yo no debo su blancura.

ANDRÉS VILLARREAL E.



levantando hácia el cielo sus ojos pardos y expresivos, dijo:

Concedida

Después el Señor volvió hácia la mesa y mientras se sentaba, Marta con los ojos dilatados, llena de sorpresa, exclamó:

Maestro: perdonad á mi hermana sus caprichos. Aún es muy joven. . . .

Los siglos—eternos caminantes hácia el pasado—transcurrieron con firmeza y lentitud.

Una mañana, en el Paraíso, María de Magdala díjole á Jesús:

Oh! señor, perdonadme. Tiempo es ya de que cumpláis la promesa aquella que me hicisteis en Bethania en casa de mi hermana Marta, una tarde en que lograsteis verme mientras me perfumaba mis cabellos.

Vos sois bueno y ha nacido ayer allá en la Tierra una mujer bellísima que realizará el ideal más amplio de un Poeta soñador. Cumplid ahora en mi obsequio vuestra promesa, Maestro. Yo os lo suplico de rodillas.

María mientras hablaba había ido inclinándose poco á poco y cuando terminó ya tocaba con sus rizos los piés desnudos del Nazareno, sobre cuya palidez se destacaban, rodeadas de un névado temible, las cicatrices de los clavos con que fué crucificado.

Y Jesús siempre bondadoso, asió con sus manos un haz de rayos del Sol que, ya radiante iluminaba el mundo y dijo:

Sean éstos los cabellos de la novia del Poeta

Después los arrojó hacia la Tierra y por eso la cabellera de mi novia, rubia y fina, supera en belleza á todas las más lindas de que nos habla la Historia.

Romero

CARMENCITA

TRADUCIDO DEL INGLÉS POR JOSE B. CALVO

CARMENCITA era una cantinera del establecimiento de licores *La Mañana*, situado al final de la calle de Aldama, cerca de la iglesia de Santa Rosalía, en Loreta, pequeña población minera del Norte de México. Unas sillas ordinarias, unas mesitas de madera y un mostrador chico pero muy aseado, constituyen el mueblaje de dicho establecimiento, que es el preferido por los mineros de Loreta y especialmente por los americanos; siendo allí donde acostumbran reunirse para jugar *poker* y dados, y tomar á la salud de Carmencita, considerada generalmente, en Loreta, por lo menos, como la cantinera más bella de todo México.

Carmencita era una linda trigueña, muy alta, de formas esbeltas, ojos grandes y expresivos, y muy joven, pues aún no había cumplido dieciséis años. Era huérfana de madre y vivía arriba de la cantina, al lado de su padre, Gabriel Rodríguez, español de nacimiento y de una india anciana, quien había sido su nodriza. Recibió su educación en el convento de San Martín. Las Hermanas, solía decir al hablar de sus maestras, eran muy generosas conmigo, pero tan devotas! aquí todo es diferente ¿no es verdad?

Carmencita había aprendido algo de inglés con los mineros y algunas canciones americanas que cantaba en excelente voz, pero con dificultad porque no podía pronunciar bien las palabras. Gustaba de los americanos, preferentemente. Son tan fuertes, decía, tan honrados, tan impolíticos; y en inglés, tan *delicious*. Esta era su palabra favorita.

Mr. Larry Bentley, socio de la casa Harford y Bentley, de ingenieros americanos, se paseaba un día por la calle de Aldama hacia la iglesia de Santa Rosalía; más de un transeunte fijaba sus miradas en este hombre alto, blanco, con polainas y sombrero mexicano, que se dirigía á la iglesia, con el fin de examinar una piedra del atrio, la cual, según le habían informado, ostentaba unas inscripciones muy extrañas de la época de Moctezuma.

Frente á la cantina se detuvo; adentro alguien cantaba. Bentley tenía muy poco tiempo de haber llegado á Loreta y había frecuentado solo una ó dos veces la cantina; pero sin que se lo advirtieran comprendió que quién cantaba era Carmencita. El aire fresco de la tarde y el atractivo de tan dulce voz, lo indujeron á entrar, perdiendo desde luego para él toda importancia la iglesia y sus curiosas inscripciones.

Perezosamente apoyados del mostrador de la cantina estaban dos americanos con sus polainas ordinarias y en cuerpo de camisa, y sentados en distintas partes del salón unos cinco ó seis mexicanos.

Carmencita al lado de una mesa acompañándose con una guitarra, cantaba en voz suave y melódica, unas coplas populares:

John se fué á pescar,
á pescar una ballena;
la ballena se tragó á John
Vaya una pesca tan buena!"

Los americanos se rieron estrepitosamente. John era un amigo de ellos que residía en la frontera. Los mexicanos, como no entendían, apenas se sonrieron al notar el entusiasmo de sus vecinos. Carmencita guardó la guitarra y salió á recibir á Bentley.

—Buenos días, señor, dijo extendiéndole la mano; hace ya algún tiempo desde la última vez que nos vimos, más de tres días.

—A mí me parece que hace más de tres meses contestó él, con mucha cortesía y en castellano casi tan perfecto como el de ella.

—Ah! señor, usted es muy bondadoso! repuso Carmencita, por falta de algo mejor que decir, porque ella no estaba acostumbrada á tratar con americanos tan políticos.

Y asumiendo una actitud de inocencia, añadió tan agradable ha encontrado usted el vino de *La Mañana!*

—No tanto como á su cantinera, fué la respuesta de Bentley.

Usted es muy sencillo, dijo ella desdenosamente, ¿supone usted que yo puedo creerle? eso es muy difícil; y luego en tono jovial continuó; admita que no es por mí que usted está aquí; usted vino á tomarse algunas copitas ¿no es verdad?

—A tomar por la felicidad de la señorita, repuso él galantemente.

—Señor usted es muy ridículo, dijo fingiendo gran desprecio. Pero repentinamente se le ocurrió una idea y riendo con mucho entusiasmo, observó: será como usted quiera, y dirigiéndose á sus clientes, oigan señores, exclamó con alegría, este joven desea tomar por mi felicidad y seguramente que ustedes no se negarán á acompañarlo.

—Oh, no! protestaron, tomaremos por Carmencita; es nuestra costumbre, y pidieron se repitiesen las copas.

—Ahora un brindis, dijo Carmencita riéndose siempre.

Bentley se subió en una silla y con una copa de vino en la mano, dijo: tomemos por Carmencita, cuyos labios son más rojos que este vino de Matanzas y cuyos ojos son dos hermosos luceros; que á ella nunca le falten admiradores.

Todos aplaudieron y apuraron el contenido de las copas.

Fué un brindis espléndido, observó ella, sin alterarse por esta ovación, *delicious*; mil gracias señores; que la Virgen María no me conceda más admiradores que ustedes.

Los circunstantes volvieron á tomar sus respectivos asientos para continuar su *tequilla* y sus juegos de cartas y dados. Bentley permaneció al lado de Carmencita.

—Señor, usted es muy generoso, exclamó ella con entusiasmo.

El no contestó. Ella puso los brazos sobre el mostrador y descansando la cabeza en sus manos él dirigió una mirada interrogativa.



TANAGRA, ESTATUA FAMOSA DEL GRAN ESCULTOR FRANCÉS PAUL LEON GEROME.

¿El vino de Matanza, preguntó, es muy rojo?

—Sí, fué la rápida respuesta.

—¿Tanto como mis labios?

—Casi, contesto con alguna calma.

—Y tan... dulce?

—Qué lástima! linda niña, exclamó él comenzando á comprender, ¿cómo he de decirlo si yo nunca he probado de sus labios?

—Ciertamente, observó ella.

—Sin embargo estoy seguro de que sus labios son infinitamente más dulces, dijo él acercándose mas á ella.

La conversación hecha ya confidencial continuó así por largo rato.

Detrás de *La Mañana* hay un jardín delicioso el cual antes pertenecía á los terrenos que rodean la iglesia de Santa Rosalía. Existe en este jardín, entre otros, recuerdos de la antigua iglesia, una fuente, un banco de piedra debajo de un coposo granado, y cerca de éste, una imagen de la Virgen, un poco deteriorada ya por los años, en cuyo seno dos pajaritos habían formado su nido. Don Gabriel lo quiso destruir, pero al fin no lo hizo por obedecer á las peticiones de Carmencita, que gustaba contemplarlos.

El día siguiente al de la escena que hemos referido, Bentley vino á encontrarse en el jardín con Carmencita á la hora de la siesta, hora en que, según decía Don Gabriel, todo en México, menos los americanos y los mosquitos, duerme. Acompañada de su guitarra Carmencita cantaba, no ya los versos comunes de cantina, sino unas preciosas canciones de amor. Bentley sentado junto á ella la colmaba de frases amorosas. Estaban muy felices, allí en aquel jardín, sentados en el banco de piedra bajo el coposo granado. Mientras tanto Don Gabriel, descansando en una hamaca en su habitación, renegaba de los mosquitos que no le dejaban dormir, y si él hubiera sabido lo que estaba pasando en su jardín, seguramente que habría repregado del americano también.

Las visitas de Bentley al jardín se repitieron con frecuencia. Perdidamente enamorado de Carmencita había dado su palabra de casarse con ella á principios del verano siguiente, fijando el día de Navidad para la celebración de las bodas.

Una tarde de gusto, Bentley al entrar en el jardín encontró á Carmencita inclinada sobre la fuente, se aproximó á ella y mirando el agua por encima de la cabeza de Carmencita, la dijo:

Vuestro espejo os dice que sois muy hermosa!

—¡Oh, qué lindo es eso! observó, emocionada y pálida; pero el espejo falta á la verdad en esta vez, mi querido; ¿ve cómo tengo los ojos proyectados de tanto llorar?

—¿Es que has estado tratando de convertir tus lágrimas en perlas, como en la canción que me cantabas ayer?

Ella apenas movió la cabeza.

—Dime, prorumpió él, por qué mi felicidad quiere transformarse en mi Señora de los Dolores?

—Ah, mi querido, estoy muy triste; uno de mis pajaritos se ha fracturado una ala; tú sabes que vivían juntos en su nido en el seno de la Virgen y apesar de que la he rogado que lo salve, temo que se muera. ¿Y pensar que ayer no mas podía volar tanto y cantar, ay! sí, cantar tan dulces melodías y ahora apenas se puede mover! Pero eso no es todo, me temo que esto sea un mal presagio; únicamente con el fin de avisarme algún triste acontecimiento habría la Virgen permitido que se hubiera dado ese golpe. Ella comenzó á temblar. Tengo mucho miedo, balbuceó. Bentley la besó en la frente, procurando tranquilizarla con cuantas frases consoladoras se le venían á la mente; y cuando se hubo calmado un poco la suplicó le cantase *La Carmela*. Esta era la composición que más le agradaba á él y á ella le gustaba cantársela. Poco á poco fué olvidando las lágrimas y ya cantaba y reía tan feliz como antes. Pero cuando él se retiró esa tarde, ella pasó á ver como seguía el inválido pajarito; de repente lanzó un suspiro; únicamente con el fin de avisarme algún triste acontecimiento se repitió, habría la Virgen permitido que se hubiera dado ese golpe."

Apenas había llegado Bentley á su hotel cuando vió pasar á un muchacho por el patio con un sobre amarillo en una mano.

—Un telegrama para el señor, dijo.

Era de su tío que le comunicaba la muerte de su padre y lo llamaba con urgencia. Al día siguiente partió para los Estados Unidos. Carmencita lo estuvo observando mientras se perdía de vista por las sabanas de la población.

Había prometido regresar antes de Navidad. Después de todo, no serían más que unos pocos meses de ausencia, se dijo ella, tratando de consolar su abatido corazón.

Con paso lento regresó Carmencita pensativa á la cantina, pero antes entró al jardín pasó á ver cómo seguía el pajarito del ala rota. ¡Estaba muerto!

Las cartas de Bentley venían con mucha regularidad y Carmencita siempre las leía en el jardín debajo del coposo granado: eran las primeras que recibía de él. ¡Oh, cómo las acariciaba! Pero llegó el día de Navidad y Bentley aún no había regresado. Pasó un mes sin que Carmencita recibiera cartas: al fin llegó una, y en el jardín, sentada debajo del árbol de granada, la leyó con vivo interés.

—El tiempo que pasé en México—decía la carta—fue para mí como un sueño delicioso del que muchas veces deseo no haber despertado; el vino que yo tomaba en *La Mañana* ¿era realmente vino ó era veneno? recuerdo que después de tomarlo pasaba á un jardín encantador, en donde veía á un ángel de seductora figura, que descansando en un banco de piedra, tocaba una guitarra y cantaba con voz suave y dulce unos versos llenos de pasión. Yo miraba en derredor y lo que tenía por montañas, no eran más que unos bancos de arena. He despertado ya, y ahora lo veo todo distinto: bajo el punto de vista americano, se entiende, en el cual ni el amor ni el encanto juegan papel importante. Naturalmente ya nuestros proyectos se han desvanecido. Sin embargo, siempre conservaré dulcísimos recuerdos del verano pasado en Loreta.

Mientras Carmencita leía, su cara iba poniéndose pálida y cuando hubo terminado, dejó caer la carta sobre su falda y fijó su mirada en el suelo frente á ella. Sabía que estaba herida, terriblemente herida y aún no experimentaba dolor alguno, pero lo esperaba porque sabía que al fin lo sentiría. El viento alzó la carta y la arrojó al suelo, y ella mirándola, se sonrió lastimosamente. Pobre cartita! dijo: ¡oh, qué triste que una cosa tan pequeña sea portadora de tan horrible dolor! y entonces, al apercibirse de la realidad de su sufrimiento, sintió un fuerte dolor de cabeza, empezó á llorar amargamente y se dejó caer frente á la Virgen, ¡Oh piadosa Madre de Jesús, exclamó, dejadme morir, dejadme morir como el ave del ala rota....

Esa tarde se daba un baile en Loreta. El salón pobremente alumbrado por unas lámparas clavadas en la pared ofrecía un aspecto melancólico. La orquesta, constante de un violín y una guitarra, colocada en un rincón, trataba de hacerse oír sobre el ruido que producían los circunstantes.

Había allí mineros americanos en mangas de camisa y con sus botas ordinarias, mexicanos con pantalones angostísimos, lindas mexicanas del pueblo y destacándose de entre todas, radiante de belleza la encantadora figura de Carmencita. Después que el paroxismo de la desesperación le había pasado, acudió en su ayuda el orgullo y la dignidad. Era hija de don Gabriel Rodríguez, por cuyas venas circulaba sangre española.

Se vistió para ver el baile y allí procuraba estar contenta y satisfecha. Nadie debía saber que un americano la había engañado y que la mortificaba un enorme peso que se sentía en el corazón: todos ignoraban eso, menos su nodriza, quién la había sorprendido esa tarde llorando al pie de la Virgen. Después de algún tiempo los concurrentes le rogaron á Carmencita que les cantase algo, y tomando una guitarra que le ofrecieron ¿que quieren ustedes que les cante? preguntó.

Cántenos *La Carmela*, sugirió alguien; era la voz de una mujer. Carmencita se estremeció: la pedían la canción que tanto gustaba á Bentley. Pero ella la cantaría y fingiendo indiferencia y con la mirada fija en el espacio y haciendo esfuerzos por sonreírse, empezó así:

—Perla preciosa de mis amores
¿Qué son las flores junto de tí?
Yo las contemplo una por una
Y no hay ninguna igual á tí." (1)

Todos escuchaban atentos; ellos habían oído cantar antes á Carmencita, pero nunca con tanta pasión y dulzura como en esta vez. En el salón reinaba un silencio profundo; de repente con acento suave y penetrante se oyeron estas palabras:

Recuerda, Carmen encantadora
á toda hora siempre de mí....

Carmencita sintió como que algo la asfixiaba, su voz se apagó y entonces con rapidez sorprendente reventó una cuerda á la guitarra. Qué lástima, señores, dijo, se ha roto una cuerda y aún me faltaba más de la mitad de la canción. Una mujer se echó á reír maliciosamente: era la misma que la había suplicado cantara *La Carmela*. Carmencita puso la guitarra sobre una silla inmediata y se levantó. Estaba pálida.

—No puedo cantar más esta noche, amigos míos, balbuceó, es muy tarde y además no me siento bien, hace mucho calor; en otra ocasión les cantaré con gusto todo lo que sé, todo, menos *La Carmela*. No me pidan eso porque es una composición muy insípida. A sus labios se asomó una sonrisa lastimosa y llamando á su anciana nodriza, se despidió de todos. Dos americanos que estaban en la puerta se hicieron á un lado para abrirles paso.

¿qué presuntuoso ha dejado de rondar el anzuelo de Carmencita, dijo uno de ellos.

—Sí, la ballena era muy grande para pescador tan pequeña, respondió su compañero en tono burlesco.

III

Era otra tarde de Agosto. Hacía diez años que el amante americano se había despedido de Carmencita; ella no se había casado, su padre había muerto, y como una criada atendía á la cantina de *La Mañana*, ya Carmencita no desempeñaba el oficio de cantinera, aunque á veces pasaba á su establecimiento para inspeccionarlo.

El Doctor Hardman estaba muy triste y pensativo cuando entró en la cantina, tomó su asiento de costumbre junto á una mesa y preguntó por Carmencita. En su semblante, casi siempre risueño, se adivinaban la melancolía y la intranquilidad; era que tenía una misión desagradable que desempeñar y no sabía cómo principiar á cumplirla.

Alzó la vista para fijarse bien en Carmencita mientras ella atravesaba el salón; en diez años había cambiado muy poco, sus ojos estaban algo languidos tal vez, pero siempre hermosos y sus dientes tan blancos como los botones del naranjo del patio. Era todavía una mujer hermosa y bella.

—Buenos días, señor Doctor, dijo, dándole la mano. ¿Cómo ha pasado usted la siesta?

—Muy bien, muchas gracias, soñé con usted.

—Señor, ya usted es muy viejo para que sea tan tonto. Solamente á los jóvenes, les es permitido decir tonterías. Pero escuche, tengo un vino nuevo y deseo que usted lo pruebe; lo recibí ayer. Dió una media vuelta y dijo: Juanita, traigale al Doctor una copa del vino de Oswega, y cuando se la hubo servido, me han dicho, continuó (todavía dirigiéndose á Juanita), que si hay algo que le guste más al Doctor que un caso de fiebre ó un hueso fracturado, es una buena copa de vino.

—O una mujer bonita, añadió el Doctor.

Carmencita fingió no haber oído, y hay más Juanita, he oído decir que él es un buen perito y un juez excelente.

—De la belleza, contestó el Doctor.

Aparentemente Carmencita no oyó; tomó la copa de vino de la bandeja y, sosteniéndola contra la luz ¿no es bonito color? preguntó ella.

—Precioso, repuso el Doctor mirando á Carmencita y no al vino.

—Qué color tan lindo! exclamó pensativa y colocando la copa de modo que los rayos del sol la hirieran, produciendo así un color como de rubies derretidos.

—Si observó el Doctor, cuyas miradas no se apartaban de su interlocutora, un color precioso ciertamente, y sin embargo difícil de describir: algunas veces me parece que es moreno, otras negro y en otras juraría que es violeta.

Y Carmencita poniendo la copa encima de la mesa, ¿qué ocurre señor? preguntó; usted se burla demasiado y sospecho que algo grave sucede.

—Muy grave, repuso muy serio; un amigo de usted ha sufrido un accidente.

—Un amigo mío! quién? preguntó.

—Se llama Bentley, contestó el Doctor fijando la vista en el suelo en espera de alguna escena con

movedora, pero nada sucedió y él la volvió á mirar otra vez. Estaba un poco pálida.

—Bentley, repitió Ella con reflexión, ah, sí, ya me acuerdo y usted dice que él está herido? Su metal de voz implicaba algún interés.

El Doctor la miraba atentamente, y deseoso de terminar la misión que traía continuó: sí; á él lo encontraron á milla y media de aquí; había tomado el camino que conduce á la montaña y lo perdió y al tratar de devolverse cayó del caballo. El Doctor seguía observándola con mucho interés. El desea verla á usted Carmencita, concluyó.

Ella sintió como si una nube hubiera atravesado sus ojos y sin alterar su voz, hace mucho calor, exclamó. No me pida que visite á los enfermos hoy, doctor; tal vez mañana... pero... no... mañana es día de fiesta y tengo que ir á cantar con los niños en misa: pasado mañana.

Nada de mañana, interrumpió el Doctor, impacientemente. El está moribundo y tal vez expire dentro de dos ó tres horas, y cambiando de posición en su asiento, se dijo para sí: que Dios me perdone ésta gran mentira!

Carmencita permaneció algún tiempo inmóvil. Iré con usted, señor, dijo precipitadamente al cabo de un rato: vamos pronto, apuremos. Y saliendo de la casa en profundo silencio, siguieron hasta la habitación del Doctor, adonde habían llevado á Bentley después del accidente; y luego pasaron á la pieza que ocupaba el enfermo.

Era cierto que Bentley había sufrido unas pequeñas heridas, pero el facultativo pronto se convenció de que estas no eran la verdadera causa de sus padecimientos, poco á poco llegó á saber toda la historia: es decir como había muerto el padre de Bentley y cómo había regresado á su hogar y encontrado á su madre postrada: cómo el hijo único había tenido que quedarse acompañando á su inválida madre.

Su compromiso lo tenía reservado al principio, pero cuando su madre comenzó á recuperar sus fuerzas, la confesó sus proyectos de matrimonio con Carmencita, pero ella se opuso y él persistía. Le rogaba que la olvidase, pero le era imposible, y á consecuencia de esto su madre enfermó gravemente, por lo cual él la prometió que al fin abandonaría la idea de casarse con Carmencita, lo que trató de hacer so pena de perder á su madre. Por eso le escribió á Carmencita aquella última carta: sabiendo que su madre no se arrepentiría, no se atrevió á proponer que lo aguardase, por lo tanto en su carta trataba el asunto con cierta indiferencia. Bentley creyó que ella lo podría olvidar y él procuraba hacer lo mismo.

Pasaron diez años y su madre murió: entonces volvió á escribirle á Carmencita, pero la carta se la devolvieron cerrada. Qué sucedía? ¿Había muerto? ¿Se habría casado? ¿O era que esto obedecía á pura indiferencia. Para saber la verdad se vino á Loreta y como supiera que no habían muerto ni se había casado, supuso que ya ella no lo quería. Esta idea lo tranquilaba, y por eso el Doctor salió en busca de un remedio imposible de encontrar en su botiquín.

Bentley y Carmencita después de dadas todas estas explicaciones, quedaron en la sala conversando llenos de indecible alegría.

—Me perdonará Carmencita el que yo la haya engañado con mi exageración ¿se preguntó el doctor, mientras se dirigía á su gabinete—María, dijo, preguntando á una criada anciana que limpiaba los muebles de la oficina, acabo de decir una mentira ¿es malo mentir?

Indudablemente, señor, repuso, es un pecado muy grave.

—¿Pero he mentido á favor de una causa sagrada, arguyó él, y seguramente que eso no es pecado si ello trae felicidad.

—Nada justifica un falso testimonio, contestó María algo indignada.

—Entonces me condenaré, pues?

—No cabe duda, señor.

—Yo lo dudo, exclamó el doctor. Y luego calmándose, continuó: oiga: María, creo firmemente que es mejor mentir mil veces que causar una desgracia. Y riéndose al ver la sorpresa que le causó á María esta sentencia, después pasó otra vez á la sala satisfecho porque comprendió que su enfermo empezaba á mejorar.

+

Dos meses después se celebraba en la iglesia de Santa Rosalia, en Loreta, el matrimonio de Bentley con Carmencita, apadrinado por el Doctor Hardman y una tía de Bentley.

EDWIN LAWRENCE GIBSON.

(1) Estos versos aparecen en castellano en el original

DE LA VIDA

FRENTE á la casa en que habito hay una escuela, por cuyas ventanas altas se es apa un rumor de voces. Los transeúntes que taconeán la calle, levantan casi siempre al pasar la cara, como para recibir una bocanada de juventud. Algunos se detienen y se ponen de puntillas, pero como solo consiguen ver el cielo raso, tienen que alejarse sin realizar su deseo. Ninguno de ellos ignora lo que hay del otro lado del muro. Los pequeños colegiales escalonados á lo largo de los pupitres, en la sala grande, llena la luz, al fondo de la cual se alza el estrado donde pontifica el maestro haciendo brotar letras de tiza en el fondo obscuro del pizarrón, constituyen una vision familiar que se incrusta en el recuerdo desde la primera juventud. Pero todos sienten deseos de admirar una vez más ese cuadro amable que nos trae el recuerdo de los mejores días. Tal es la desventura del hombre, que solo pudo ser feliz cuando no supo serlo.

Hay quien aguarda la hora de la salida para asistir á la dispersión de los alumnos que huyen en diferentes direcciones, con los libros bajo el brazo, lanzando gritos alegres en la monotonía de la calle. Con algunos otros curiosos, he presenciado hoy una escena digna de Daumier ó de Goya.

En el entrevero de la fuga, frente á la puerta de un almacén, se formó un corro agitado que discutía á voces y se engrosaba más y más con los que seguían saliendo. En medio del círculo, en un espacio libre, se desafiaban dos chieuelos que andrían, como los espectadores, alrededor de cinco años. Habían dejado junto al muro las carteras y, con los puños á la altura de la cara, aguardaban la arremetida, sin decidirse á dar el primer golpe. Todos adivinan la historia: un desacuerdo que comienza en la clase, se acentúa en el recreo y se resuelve al salir con cuatro bofetadas. Pero eran á la vez trágicos y grotescos aquellos dos niños que se amenazaban y se crispaban de cólera.

Uno de ellos era moreno y fornido, bien plantado sobre las piernas. Su boca, de labios rojos y gruesos, tenía una mueca imperativa. Supe que se llamaba Emilio por las voces de sus compañeros que le incitaban á atacar. El otro se llamaba Joaquín, y era más alto y más flaco. Sus cabellos rubios le caían en mechones sobre la frente empalidecida de anémico. Pero los dos se mostraban firmes y seguros, dispuestos á no ceder.

El clamoreo de los espectadores era cada vez mayor. . . . aquellos hombreritos minúsculos que parecían hechos para la paz y la concordia, tenían empeño en ver la batalla de los rivales. Unos los empujaban, para precipitar el desenlace. . . Otros les echaban en cara su cobardía. . . Y como se habían formado dos bandos, las exclamaciones más contradictorias se cruzaban entre ellos.

—Anda Emilio, ¡mójale la oreja!
—¿Le tienes miedo! . . . ¿Le tienes miedo!
—Tú Joaquín, que eres más fuerte . . .
—Vamos hombre . . . uno . . . dos . . .
—¿Cuál es el que tiembla más?

Tanto y tanto, que los dos acabaron por enervarse y Emilio descargó el primer golpe. Fué la señal que desencadenó la lucha. . . Los adversarios se precipitaron el uno sobre el otro, como si les separaran profundos antagonismos. El rubio se defendía con vigor y era habil para prevenir los golpes, pero el moreno ponía en el ataque cierta ferocidad meridional que comenzaba á imponerse. Se abrió el corro para dejar más sitio á los adversarios. Algunos cruzaron apuestas. Indudablemente, Emilio comenzaba á sacar ventaja. Sus golpes eran más certeros y más francos. . . Pero no fué posible continuar la lucha, porque aparecieron dos gendarmes en el fondo de la calle, hubo un remolino confuso y los colegiales huyeron en diferentes direcciones, como levantan el vuelo los pájaros que el transeúnte sorprende en el camino de un jardín.

Sin embargo, el duelo no había terminado. Poco á poco, se reunieron al volver la esquina. Y se abrió una discusión para saber si la lucha debía continuar allí ó en sitio más seguro.

Ambos contrincantes tenían su grupo de partidarios. Los de Joaquín eran más numerosos

que los de Emilio, porque Emilio se había prevalido siempre de su fuerza y era un tanto tirano con los demás. Entre los partidarios del primero, se destacaba un chiquillo jiboso que era el más entusiasta. Quizá suponían todos de Joaquín les libraría del déspota. El anémico muchacho de cabellos rubios, se dibujaba en sus cerebros infantiles como un general insurrecto que podía darles la libertad. De ahí que todos los agasajos fueran para Joaquín.

Después de muchas discusiones, los dos grupos se pusieron en marcha por el bulevar exterior,



MANUEL UGARTE

que el sol pintaba á aquellas horas de amarillo. Cuando llegaron á uno de esos terrenos sin edificar que abundan en los arrabales, desaparecieron por el hueco de una puerta que se cerró tras ellos.

Pero la valla de tablas mal unidas que lo cercaba permitía ver lo que ocurría dentro.

Los enemigos se despojaron de sus chaquetas y sus gorras para quedar más libres. Y apenas frente á frente, una llamarada de odio los unió en un grupo crispado que se balanceó como un monstruo ébrio, que cambió de disposición y de forma y que acabó por rodar como un paquete, del que

Al chorro de la Chorrera

Siento de lejos, tu gemir profundo
De Gigante cansado,
Y el ruido de tus aguas tremebundo,
Es, cual grito escapado
De las fauces de un Genio moribundo.

Cuando llegan tus aguas al torrente,
Altivo y magestuoso
Detienes un instante tu corriente,
Y cual bruto fogoso
Caes al abismo, con pasión ardiente.

Tus aguas, al caer sobre las rocas,
Deshácese en espuma,
Su ruido, es el murmullo de mil locas,
Ocultas en la bruma
Cubiertas con pudor en albas tocas.

Al herirlas de Febo, sus fulgores
Chispean titilantes,
Matizadas de nítidos colores
Cual si fueran brillantes
Collares de la Reina de las flores.

Quiere el hombre, en estrecha cañería
Tu libertad cerrar,
Y con tu fuerza atroz, temprano día
Al mundo demostrar
Todo el poder que tu Poder, tenía.

Chorrera, 29 de Enero 1905.

F BAJAÑANO

solo sobresalían dos puños que asestaban golpes. Una mano robusta asió un mechón de cabellos y lo arrancó. Dos dientes filosos se incrustaron en una piel morena. Parecía que en aquellos dos cuerpos débiles, resurgían no sé qué innobles atavismos de ferocidad.

Algunos personas se habían detenida y seguían como yo las peripecias de la lucha, á través de las rendijas de la pared de madera. Hubiéramos querido intervenir y separar á los dos niños ilusos, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Después de un movimiento brusco, se apartaron un instante y se pusieron de pie, ensangrentados y sudorosos. Pero fué para precipitarse de nuevo. El cuerpo débil de Joaquín comenzaba á desfallecer y á vacilar bajo los golpes de Emilio, de cuyos ojos brillantes parecían saltar chispas de cólera. Los compañeros que hacían círculo alrededor de ellos, manifestaban ruidosamente sus impresiones. Y á medida que la derrota del rubio parecía inevitable, el grupo de sus partidarios decrecía y se enfriaba. Los que rodeaban al moreno eran, por el contrario, cada vez más numerosos. Es verdad que éste multiplicaba los ataques y acrecía su empuje con la debilidad del adversario. Uno de sus últimos golpes fué tan cierto, que Joaquín tropezó y estuvo á punto de caer. Pero una voluntad suprema le martuvo. Sabía la vergüenza que le aguardaba si se reconocía vencido. Comprendió que sus compañeros comenzaban á abandonarle. Quizá vió, en uno de los saltos á que le obligaba la defensa, que ya no quedaban de su lado más que el jiboso y dos ó tres más. De ahí que tratase de reconquistar el terreno perdido. Pero las fuerzas le faltaban, la sangre que le chorreaba de la frente le obligaba á cerrar los ojos y sus movimientos eran torpes y blandos, como si los músculos se negaran á obedecer. Emilio aprovechó el momento y se le lanzó contra el enemigo con una rabia carnícora. Sus puños chocaron varias veces contra la cara pálida de Joaquín, produciendo un ruido sordo. Y el pobre muchacho se desplomó al cabo, bañado en lágrimas que decían su dolor y su vergüenza. . . .

Cuando paseó los ojos en torno suyo, se encontró solo.

A pocos pasos de él triunfaba Emilio, rodeado por todos los colegiales que le aplaudían y le adulaban, con esa cobardía y ese acatamiento ante la fuerza, que son el fondo de la conciencia general de hoy. . . Algunos se destacaron del grupo y se acercaron á Joaquín para insultarle. . . Los demás cobardes, porque no había tenido la fortuna de triunfar. Otros le arrojaron piedras. Y el más pequeño, el más débil de todos, queriendo hacer una proeza que le diese prestigio ante los demás, cogió la chaqueta y la gorra del vencido y las arrojó á la calle por encima de la empalizada.

Cuando los colegiales salieron tumultuosamente y se desparramaron sobre la acera, Joaquín fué blanco de todas las burlas. La cara amaratada, los ojos hundidos, el traje desgarrado, y las manos lastimadas que se enjugaba con el pañuelo, le daban un lamentable aspecto de derrota. Recogió resignadamente su gorra, vistió su chaqueta y se alejó. . . sólo. . . sólo. . . sin decir una palabra. . .

Los del grupo le acompañaron con sus gritos y le dejaron partir. Pero el jiboso corrió tras él y le detuvo.

—¿Sabes?—le dijo, empujándole contra la pared,—te peleo cuando quieras. Si eres hombre, ahora mismo. ¿Acaso crees tú que te tenemos miedo? . . .

Joaquín no dijo nada y trató de esquivarse. El jiboso volvió lleno de orgullo hacia el grupo donde reinaba Emilio. Los transeúntes juzgaron que todo aquello era muy natural. Y solo algún espíritu molesto y caviloso, pudo imaginar que esas injusticias eran gérmenes de las de la mañana; que la ciudad, la atmósfera, el ejemplo de lo que borbotea en torno, habían pervertido á aquellos pequeños corazones; y que los colegiales que salían tumultuosamente de la escuela eran niños viejos, de almas usadas, botones de porvenir que no se abrirían nunca, seres que seguirían siendo egoístas y malos en esas otras luchas de la edad viril que son las batallas de niños de la vida.

MANUEL UGARTE.

EL ARDID DE ELENA

EL SOL, ya en descenso, se lanzaba al oeste que semejaba un mar de sangre al cual las innumerables nubes de diferentes colores y varios tamaños daban el aspecto de un archipiélago.

Yo estaba esa tarde angustiado, no por las labores del día, sino por aquellas que duran á veces ininterrumpidas hasta la muerte.

Elena sentada en un mullido sillón de raso azul, con los seductores cabellos de hebras doradas haciéndola aparecer aún más bella, me miraba con un aire que me hería.

Que bella es la tarde! exclamé por decir algo.

—Sí—contestó Elena, mientras una ligera sonrisa jugueteaba en sus rojos labios pero para unos es aún mas bella que para otros.

Yo la miré fijamente. Ella me había intimado que el conde La Tour la había pedido, y, dioses! las bodas se acercaban.

Jamás había yo visto al afortunado conde, feliz porque pronto poseería á Elena que, pensaba yo, era poseer el cielo. Por ella solamente sabía la grandeza social de ese hombre con quien de seguro sería dichosa Riqueza, juventud, título, todo lo tendría. Condesa, oh sí! condesa sería ella, que poseedora de una esmerada educación y de una belleza deslumbrante había heredada de sus padres una gran fortuna. Sería condesa Elena, y alternaría con lo más granado de la *noblesse*. Ah! desdichado de mí! Con juventud pero sin fortuna, sin título, no se burlaría Elena de mí?

—Oh! respondí mintiendo, yo soy el hombre mas feliz cuando contemplo los esplendores y maravillas de la Naturaleza. Son tan inspiradores.

—Té inspiran, contestome distraídamente, las obras de esa madre universal? Y a qué?

—A muchas cosas, dije cortamente, pues no me gustaba ya el rumbo que nuestra conservación tomaba.

—Es verdad, repuso Elena. Y bien, han dicho los poetas que Italia encierra toda la suprema belleza, con sus tardes lindísimas y sus noches gloriosas.

—Muy propios para amar, concluí sin mirarla.

Elena permaneció en silencio, y un corto suspiro inaudible llegó á mi oído:

—El conde La Tour, seguí con ironía, debía estar aquí.

—Ah! exclamó Elena con una sonrisa, por ventura no le conoces todavía?

—Ni quiero conocerlo! contesté precipitadamente.

—Es un cumplido caballero.

—Bah!

—Su carácter es sumamente amable, continuó, y mientras, sin saberlo quizás, me rasgaba el alma. No hubiera yo dado un alfiler por la vida del conde La Tour si le hubiera encontrado á solas esa noche.

—Tan ilustrado, tan social, siguió Elena diciendo con pasión. Estoy segura de que lo estimarás tan pronto como cultives su amistad.

—Elena! exclamé furioso, Elena! eres una coqueta con un corazón de mármol.

—Gracias, caballero galante! contestome, y el silencio se hizo despues de estas palabras.

De lo lejos venían los claros sonos de una campana. El reloj de San Giovanni daba la hora.

—Las seis y na la toavía! no vendrá! dijo Elena en voz baja, pero que yo percibí distintamente.

—De quién hablas, Elena? preguntele, pues en la escuela que yo había recibido esa mañana no me indicaba nada.

—De quién va á ser? contestó con un movimiento de impaciencia. De quién mas, sino del conde, por supuesto.

—Ése hombre viene aquí? díje sin reparar en mis palabras.

—Y por qué no? repuso casi ofendida. No es él mi *fiancé*!

—Pues... quiero decir... viene esta tarde tartamudé confundido.

—Exactamente, contestó. Y comenzó á cantar en voz baja las palabras de una canción que en

tiempos pasados había cantado acompañándola y con el piano.

Transcurrieron unos minutos de este modo. Abajo, en el jardín, Jean el jardinero regaba las hermosas flores, cerraba las puertecillas de los cercados, y recogía las herramientas porque la noche con paso veloz avanzaba sobre la tierra.

Desde el lugar en donde estábamos se divisaba un bello panorama. A la diestra se extendían los rojos techos de Maretino, sus altas cúpulas, y sus magestuosas torres con sus delgadas cruces y verdosas campanas. Más allá el ancho mar, el intranquilo mar!

Fijaba yo mis pensamientos poco á poco.

—No quisieras una tacita de este té? me preguntó ella acercándose á la mesa que entre nosotros estaba. Lo hice yo.

—Gracias, gracias, no puedo porque me voy.

Me miró sorprendida, pues mis acciones estaban en desacuerdo con mis palabras.

—Te vas? dijo al fin, lentamente.

—Sí, es preciso, pues parto mañana... para Génova.



María Elena Arango

*Alza la frente gentil
la preciosa María Elena,
como la Reina Azucena
de un rico y bello pensil,
de extraño perfume llena.*

*Y me han dicho que es su risa
alegre y alborozada,
tan tierna cual la balada
que entona la errante brisa
al jugar en la enramada.*

No pensaba verlo á Ud. por aquí, me dijo con voz franca y cariñosa.

—Creáme que he sentido en el alma no poder venir antes, pero en días pasados he estado sumamente ocupado, le contesté mintiendo.

—Es posible, pero nosotras nos creíamos ya olvidadas.

—Eso no, pues que uno siempre, siempre, recuerda á sus amigos, contesté procurando dar un tono calmado á mis palabras.

—Me alegro, contestó, pues nos creíamos ya privadas del placer de verlo nuevamente.

—Y esa carta, interrumpió Elena, por ventura es para mí?

A entregártela venía, respondió doña Juana, mientras que yo devoraba con los ojos el sobre celeste que pasaba de sus manos á las de su sobrina...

Viene de *La Villa por el Mar*, prosiguió la tía. Quizás sea de las Rossinis.

—No, no es de ellas, respondió Elena mirándome. Conozco el papel y el perfume, sin decir nada de la escritura.



—Y de allí? siguió.

—A la tierra donde podré olvidarlo todo, á América, concluí fijando intensamente mis ojos en los azules ojos de ella.

—Y es que para tu mal no hay remedio alguno en Italia? dijo, haciendo una corta pausa á cada palabra.

Yo callé un momento como si no comprendiera su pregunta. Un ligero ruido abajo, en el jardín, llamó mi atención. Fatino, un enorme gato de Persia, negro como el azabache, jugueteaba con una misera rata que había apresado y cruelmente retardaba el momento de quitarle la vida.

Alcé mis ojos que encontraron los de Elena y ví aparecer en ellos un signo burlón.

Quando miré otra vez al jardín, Fatino había ya exterminado á su víctima y la contemplaba triunfante.

Que profetizaba esto?

—Elena! Elena! la dije sin poder ya contenerme, tú y solo tú sabes la causa de mi aflicción. Juegas conmigo antes de darme la muerte, como hacia ahora mismo Fatino con la misera rata. En Italia sí existe remedio, sí hay alivio eterno para mí. Me comprendes? Pero ¿qué es un pobre concejal al lado de un ilustre conde?

Callé, pues alguien abría la puerta del salón que daba al espacioso pórtico donde estábamos Elena y yo, y me levanté en tiempo para hacer una venia profunda á doña Juana, la tía de Elena.

Una risita entreabrió los pálidos labios d doña Juana, la cual, como buena tía, desapareció prontamente yéndose por donde había venido.

Me permites? dije Elena cuando estuvimos otra vez solos; voy á leer la carta.

No encontré palabras con que responder y sonreí como un tonto.

—Es muy extraño! exclamó Elena acabando de leer la carta, muy extraño!

—Que te pasa? preguntele al ver su mortificación.

—Que el Conde La Tour no vendrá esta noche, respondió casi indignada.

—Es tu *fiancé* y otros asuntos lo retienen lejos de tí? dije con ahinco sintiéndome internamente complacido.

Elena permaneció pensativa. ¿Qué ideas, me pregunté yo, pasarán por su mente?

En ese momento comprendí que se jugaba mi suerte.

—Negocios, negocios de gran importancia, dijo al fin, demandan la presencia del conde en Nápoles. Me suplica que lo perdone, pues no vendrá esta noche; partió á las cinco.

No es costumbre mía atacar al ausente, pero en el amor como en la guerra toda arma es buena, y sobre todo la conducta del conde me parecía fea.

Ah! exclamé con ardor, es así como procede tu bello condesito, y aún lo amas? Casí en vísperas de bodas y hay negocios que lo detengan lejos de tí. Dioses! Es esto amor? Elena, Elena, el conde La Tour no te ama!

—Pero... dijo ella.

—No hay pero, Elena, proseguí yo sin contenerme. En esta ocasión me oírás todo, todo! No me interrumpas! Dios sólo sabe cuánto te adoro! Y bien dime Elena, mi alma, mi vida, crees tú que yo hubiera ido a Nápoles? Contéstame esa pregunta. Respóndeme: crees tú eso?

Un velo invisible se retiraba poco á poco de mi cerebro.

—No, Julio, no. Tú hubieras estado en donde estás ahora, me respondió con una voz sorda que me penetró hasta el corazón.

Jehan había desaparecido. El jardín estaba desierto, y una brisa suave y continua nos traía los delicados perfumes de sus innumerables flores. La noche lo cubría todo con un manto espléndido en el cual aparecían las pálidas estrellas como delicados lirios flotando lentamente en la vasta superficie de un inmenso lago.

Sin que nos hubiéramos apercebido, la distancia entre nosotros había disminuído.

—Elena, dije tomando su pequeña mano que hizo muy poco esfuerzo por retirar, dime: amas tú verdaderamente al conde La Tour?

El silencio quedó ininterrumpido.

—Contéstame Elena, por Dios! Contéstame, seguí diciendo; no ves cuál sufro?

—Julio, Julio! murmuro quedo, y yo sentí temblar sus manos en las mías.

—No me respondes? proseguí sin saber lo que decía. Luego tú lo amas y te casarás con él, cielo santo! El te declaró su amor?

—Ay, Julio! respondió con acento casi imperceptible, bien comprendes que no podía ser yo quien declarara á un hombre... á él.

—Es verdad, exclamé furioso. Y yo, que te amo tanto y nunca me atreví á decirte lo que te amaba.

—Lo que me amabas? dijo ella, y me pareció notar un signo de contrariedad en sus palabras.

—¿Qué te amo! repuse rápidamente. Lo que te amaré siempre! Serás de otro, es verdad, pero ni ese otro ni nadie me podrán arrebatarte el amor que te profesó y que he de conservarte siempre.

—Oh, Julio! ¿Por qué no me dijiste eso antes? me dijo ella con voz suave, como un aliento.

—Por qué? Porque un pobre como yo, bien podía alimentar ensueños, pero no pensar nunca en realizarlos.

Callé y miré al horizonte. Una blanca línea á lo lejos alumbrando inquietamente sobre la superficie del mar anunciaba el advenimiento de la luna. Y en ese momento me decidí. Al día siguiente á esa misma hora, yo estaría ya lejos de allí, atravesando aquellas enormes soledades marinas, viendo mis sueños desvanecerse y alzarse el porvenir incierto.

—Julio, murmuró de pronto Elena apoyando en mi brazo su delicada mano.

—Dime, la contesté, si yo hubiera hablado, tú habrías puesto atención á mis palabras?

—Oh, Julio, no sigas! murmuró, y sentí enseguida la sensación de alguna cosa tibia que caía en mis manos. Era una lágrima.

¡Ver llorar á Elena quise volverme loco.

—Elena, vida mía, exclamé, perdóname: soy un imbécil que te he hecho llorar; un monstruo incalificable. Elena, perdóname, vida mía!

Y me acerqué á ella con los brazos en actitud suplicatoria. Suavemente su cuerpo se deslizó en ellos, y yo sentí su corazón que latía precipitadamente.

—Que feliz soy, Julio mío, murmuró, y yo enardecido al sentir en mi rostro su aliento, toqué por primera vez con mis labios sus labios ardientes.

—Oh! dijo después de un rato como despertando de un sueño, ¿que le diré al conde?

—No sé, respondí. Mas yo tengo la culpa de todo, pues no he debido hablarte como lo he hecho sabiendo que estabas comprometida.

Calló un breve rato, y luego de pronto, tomando en las suyas mis manos me dijo:

—Julio mío, yo he sido muy cruel contigo, sabes? Yo te he engañado cruelmente.

—No, Elena, contesté interrumpiéndola, tú eres mi alma, mi vida, y yo tengo la culpa de todo.

—Oh! no, tú no sabes! Es que yo... antes de ahora, no he oído palabras de amor de ninguno ni he querido á otra persona más que á ti.

—Y el conde? pregunté sorprendido.

—El conde, el conde? Es verdad! Yo he

sido cruel contigo fingiéndote esa historia. No ha habido nunca tal conde, Julio mío.

—¿Qué me dices? No existe el conde La Tour? Un ciego veía en ese momento mas que yo.

—No, no hay tal conde. Todo fué una ficción mía. Sabía que siendo yo rica y tú pobre no te atreverías nunca á hablarme y decidí despertar tus celos.

—Y lo conseguiste, Elena. He sufrido mucho!

—Lo siento, Julio mío? Pero eso pasó y en cambio ya nuestras almas se entendieron.

—Y la carta que trajo tu tía de quién era pues? me aventuré tímidamente á preguntar.

—De las Rossinis, contestó, y sacándola del bolsillo me dijo: Mirala.

Yo no la miré; no quería mirarla.

Sentía una ola de alegría y de juventud correr por mi cuerpo. Estreché á Elena entre mis brazos fuertemente diciéndola, quedo, apasionadas frases.

—Cuidado, Julio, puede vernos mi tía, dije de pronto; per sin tratar de escaparse.

—Tu tía! olvidala amada Elena. Yo por mí olvido siempre todas las tías del mundo.

La luna subía cubriendo con un plateado rocío las lejanas olas del mar, cuyo sonido venía de vez en cuando á nuestros oídos como la queja doliente de algún espíritu desairado.

Un mes después crucé yo ese mar, pero no lo crucé solo.

JEPHTA B. DUNCAN.



General Augusto Arango

Ofrecemos en esta página el retrato del General AUGUSTO ARANGO, héroe y mártir de la libertad de Cuba, su patria querida, la hermosa Antilla reina de los mares.

El General ARANGO pertenecía á aquella raza de hombres heroicos cada día más raros. Hidalgo sin mancilla y bravo hasta la temeridad, su hidalguía y su valor lo condujeron á una muerte trágica y sensible, y muy agena á la que hubiera deseado: fué asesinado á mansalva en Puerto Principe cuando estaba amparado por las leyes de la guerra en virtud de un convenio celebrado y en su carácter de parlamentario.

Este hijo de Cuba merece homenaje de todos los hombres libres, pues así como los servicios prestados á la libertad de un país determinado se consideran prestados á la libertad del mundo, así los mártires y los héroes de una causa tan hermosa y tan santa no pertenecen á país y época determinados sino á todos los países y á todas las épocas.

Hay en Panama muchos parientes del General ARANGO, y deseamos que todos ellos vean en estas líneas y en la publicación de su retrato, una muestra del sentimiento generoso que abrigamos por todo lo grande y todo lo noble: ya sean ideas ó sean hombres.

Durante el Crepúsculo

I

Aún del alto balcón la luz discreta en hilos de oro pálida caía, y aún la canción del último poeta temblaba en la marmórea galería.

Dudé; temí... confuso y vacilante detuve en el umbral la incierta planta, y un dulce acento murmuró: "adelante!" y una voz juvenil me dijo: "canta".

Entonces penetré: cobarde y mudo, clavé en el fondo del salón los ojos, y ví brillar el esmaltado escudo bajo un dosel de cortinajes rojos.

II

Y la miré... Sobre el sitial obscuro su inmaculada faz resplandecía, y se bañaba el tapizado muro en la azul claridad que la envolvía.

Hermosa aparición!... Doblé la frente, pulsé el laúd y medité un momento... Y empecé á desatar tímidamente el ala entumecida al pensamiento.

Canté: "Yo soy el nuncio de la pena; vengo de las comarcas del olvido, y, bardo errante, mi palabra suena con algo de sollozo comprimido.

Señora mía, ya fragantes flores los caballeros á tus piés regaron; ya en el rojo escabel los trovadores para verte y cantar se arrojaron.

Hizo verter tu mágica belleza raudales de armonía á los laúdes, y ciñe, como un nimbo, tu cabeza el fulgor celestial de las virtudes.

El áureo manto de tus hombros rueda, en blandos pliegues por tu rica falda, hasta el chapín, que bajo el brial de seda, despidе su destello de esmeralda...

¡Conserve Dios tu vida y tu abolengo, Yo me alejo de aquí... noble señora; que soy el nuncio del dolor y vengo del lejano país donde se llora!

Morir debieran en el aire mudas, las pobres notas que mi lira arranca; yo sólo sé cantar amargas dudas, y trovas tristes á mi musa blanca!...

III

Después... colgué el laúd, la ví un instante, holló mi planta la tupida alfombra, y tímido, confuso, vacilante, dejé el salón y me perdí en la sombra.

LUIS G. URBINA.

ENTRETENIMIENTO

A. M. C. JURADO

Ah, los soñadores! Qué distantes andan de la realidad las almas cándidas. Son mariposas. Perecen al fuego del ideal á cuyo rededor revolotean locamente.

Ah, los soñadores! Qué impremeditadamente proceden los espíritus ingenuos. Luz engañosa es la que ilumina el sendero que cruzan. A la mira de que no es posible variar el curso de los sucesos y de que la moral es un código lleno de preceptos que no sufren mudanza, inexorables, eternos, con tendencias claras á hacer prevalecer la justicia, confían en la rectitud, en la lealtad, en el patriotismo.....

Ah, los soñadores! Ignoran que el valor de esas expresiones es nulo. Son palabras huecas, sonidos que no forman notas, que carecen de armonía, que no logran interesar á nadie, que no conmueven, que no apasionan, que no constituyen fuerza para impulsar los corazones.

Justicia! Qué es eso!

Una fórmula en cuya eficacia no creen sino los necios, ó panacea que no cura ninguna enfermedad.

Rectitud! Tú eres vicio peligroso de quienes andan en amores con lo antiemudo.

Prohibida! Resistencia á la dicha y probidad significan lo mismo en lenguaje corriente.

Patriotismo! Quinera ó puerta falsa para perder inocentes.

Hágase tabla rasa de todo eso que no constituye sino ~~entramado~~ que impide ir adelante.

¿Qué razón hay para amar el punto en que se

nace? ¿No es eso tierra, y tierra vil sújeta, como todo lo que es venal, á las leyes del cambio?

Los resortes de la vida moderna no son las ideas: son los hechos brutales.

Los móviles del progreso de los presentes días son muy diferentes de los que actuaban antes en la sociedad.

El apasionamiento no está sino por lo que apaga el hambre y la sed.

La época de la poesía ya pasó. Los funerales del ideal hace tiempo que se cumplieron.

El eclipse total de lo bello, del amor, del arte verificóse al fundar su imperio Mammon.

Al través de las edades, Epicuro triunfa. El placer es el noble fin de la vida.

La sentencia que condenó á muerte afrentosa á Jesucristo ha tenido su justificación plena en la serie interminable de evoluciones porque ha pasado el espíritu humano.

El culto religioso por todos las virtudes que el Cristianismo recomienda, es culto de bestias.

El tiempo atropella al hombre, la vida es cortísima, como que

tal brillar de un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos."

No es recomendable, ó carece de gracia comprometer la existencia encaminándola en pos de una redención que no llega, que nunca llegará.

Vale la pena declarar que el alma no existe, y que el hombre en diecinueve siglos ha estado sujeto á una dirección viciada en su origen.

Los esfuerzos del corazón: las fatigas de la mente, los pasos que ha dado, las heridas que he

sufrido, la sangre que ha derramado—y con la cual podría formarse océanos sin orillas ó sin términos—meros sacrificios son y de una esterilidad que aterra.

Así como el cordero nace dulce y pacífico," así como la paloma nace inocente y vive también en la inocencia, y así como "el tigre nace violento y sanguinario", el hombre ha nacido con sus instintos naturales.

Quiso apagarlos; diz que proyectó ascender transfigurado por escala luminosa creyéndose semidios, y fraguó la Conciencia, especie de diosa impotente, sin oídos y sin ojos, indiferente, por tanto, á cuanto en el mundo se verifica.

El trabajo implica condenación, es pena infamante impuesta por una Justicia desconocida ó intrusa, sin autoridad sobre la humana especie, como lo es la establecida por convención para juzgar en sentido favorable al que más puede los conflictos que convencionalmente también se llaman de derecho.

El librarse de esa pena torpemente aplicada y torpemente sufrida, importa para realizar los placeres á que llama la condición de animal que el hombre tiene.

H. PATIÑO.

Certamen musical

El arte está de enhorabuena en Panamá. Narciso Garay, sacerdote de Euterpe, exhibió en el local del antiguo "Colegio de la Esperanza" los resultados de su simpática labor durante los seis meses en que ha funcionado el Instituto Nacional de Música bajo su hábil dirección.

El certamen comenzó con un hermosísimo discurso del Maestro Garay, en que deleitó á la concurrencia con profundas disquisiciones técnicas sobre el divino arte, su historia, sus escuelas, sus transformaciones y los métodos más apropiados para enseñarlo, discurso que deploramos no tener a la vista para extendernos algo más sobre él.

Luego vinieron las ofrendas ante el altar de Apolo y de las Musas: torrentes de armonía brotaron del blanco teclado del piano, bajo la presión rápida, precisa, perfecta, de manos habilísimas enseñadas en la escuela del distinguido artista; efluvios melódicos, dulcísimos, salían de gargantas privilegiadas convertidas en gargantas de jilgueros y ruiseñores bajo la varilla mágica de la educación musical. En el canto, trinos, gorjeos, suspiros, quejas, dulzura; en el piano, fuerza, vibración, impetuosidad, compás y precisión: tales fueron los regalos con que el dios de las inocentes concupiscencias del oído nos hizo subir á esas alturas resplandecientes en donde el corazón y la inteligencia, la ciencia y el sentimiento se estremecen al unísono al ser heridos por esos rayos de luz que en forma de notas brotan de teclas nubes y gargantas primorosas.

Nada hay más verdadero que aquello de que la melodía es estatua á que la armonía sirve de pedestal. Garay, sentado al piano y sus discípulas cantando eran ese monumento perfecto, ese conjunto feliz. La difícil ciencia de los acordes, fundamento sobre que descansa la frase musical, es nada esquiya que á pocos concede sus favores, pero que no ha podido menos que rendirse á las caricias ardientes, á las persecuciones apasionadas de se protegido de las Nueve Hermanas del Parnaso, lo cobija bajo sus alas para que de vez en cuando dé á tantos ánimos affigidos como se encuentran en el mundo esas expansiones gratísimas en ne penas y quebrantos se dejan á un lado para usanebar el corazón con los deleites del oído.

Ramona Lewis y Anita Myrardo cantaron unas maravillosamente. Las dos son reinas en esas

regiones encantadas de la inspiración y del sentimiento.

Adrianita Orillac, preciosa niña de quince años, recorrió con sus dedos habilísimos el teclado, sorprendiendo á los circunstantes ya por la ejecución y la escuela, ya por la interpretación sentida y hecho sentir.

Mercedes Jiménez, María Isabel Arias, Rosario de Delgado, Anís María Cervera y Esther Delvalle se nos manifestaron como legítimas esperanzas en el delicioso estudio á que se consagran.

Nosotros, profanos en el divino arte, pero almas de esas para quienes la música es la primera de las artes y Apolo el primero de los dioses, allí escuchamos con religiosa atención todos aquellos priores, allí gozamos lo indecible, y desde el fondo de nuestro corazón hicimos sinceros votos por que este querido Panamá sea terreno fecundo en donde produzca opíacos frutos la simiente celestial que ha comenzado á sembrar el distinguido artista y amigo Narciso Garay.

R. J. A.

Teatral

LA Compañía Dramática Lírica "Luque-Ortega", de la cual en varias ocasiones se ha ocupado EL HERALDO DEL ISTMO, está ya funcionando en el Teatro de esta ciudad y la labor de los artistas ha satisfecho en un todo las aspiraciones de los aficionados al Arte de Talía, que en Panamá, á la verdad, no son pocos.

Alma y gran figura de la troupe es el primer actor don Francisco Ortega de Quintana, artista de gran talento y muy estudioso; de corte aristocrático, de clarísima y bella dicción, buena presencia, y que sabe amoldarse al personaje que representa, siendo un ser completamente distinto en cada diferente papel.

En *Aurora* y *La Pasionaria*, Ortega demostró poseer escuela propia y vastos conocimientos en el difícil arte que cultiva. En sus viajes por Francia é Italia ha sabido tomar de escuelas de estas naciones lo mucho bueno que en ellas hay y abandonando rutinarias ideas del antiguo teatro español, no asusta con gritos al auditorio,



F. ORTEGA DE QUINTANA

pero si sabe dominarlo por completo en las escenas culminantes, con efectos justos de gran relieve, con cambios de fisonomía admirables y sobre todo con esa manera de decir castiza y adecuada al momento.

He aquí algunos datos biográficos del actor Ortega que tomamos de la *Revisión Ilustrada* de Madrid:

"Nació en Barcelona donde cursó con gran aprovechamiento los estudios del bachillerato. Empeñado sus padres en que siguiese la carrera de leyes y dominado por su afición al arte, abandonó su hogar y embarcó para América en el vapor español *Alegria*, el cual naufragó cerca de Puerto

Rico, en las rompientes de la Isla de Cabra, en la que permaneció cinco días, hasta que fué recogido por unos pescadores y conducido á dicha capital, cuyo Ayuntamiento le entregó ropas y cincuenta pesos.

Con la audacia é inesperienza propias de la poca edad (14 años), se anunció como célebre monologuista, presentándose ante un público por vez primera en el Teatro principal de San Juan de Puerto Rico.

El resultado de la función, él mismo lo describe en estas palabras: "Fué tal la lluvia de hortalizas y el zumbido de protestas y silbidos, que me pareció más imponente que el bramido de las olas, que habían puesto en peligro mi vida en el terrible naufragio."

Enterados sus atribulados padres del paradero del hijo pródigo, le mandaron el pasaje y recursos para que regresara á su lado. Una vez en Barcelona, le dedicaron al comercio, pero convencidos de que no podían sacarle punta, le autorizaron para que siguiera su inclinación, ingresando en el teatro del Circo en la compañía de D. Juan Alba: luego al año siguiente en el teatro Romea, bajo la dirección de D. Joaquín García Parveño; más tarde en Novedades, con el inolvidable D. José Valero, y por fin como primer galán joven, en la compañía del ilustre D. Manuel Catalina.

Desde esta fecha disfrutó de buenas contratas y puestos distinguidos en los teatros Principal, Liceo, Novedades y Español, de Barcelona, donde actuó por espacio de siete años consecutivos.

En unión de su esposa la primera actriz D. Dolores Ricart, y contratado por D. Antonio Vico y Delgado marchó varias veces á las Américas, recorriendo Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Panamá, Guatemala, Salvador, Costa Rica, Bolivia, Chile, Perú, Montevideo y Buenos Aires, por espacio de doce años.

Ha viajado parte de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y toda la Italia, actuando en los teatros de Génova, Milán, Nápoles, Venecia y Roma como primer actor.

Ultimamente fué contratado para una nueva tournée en las Américas, por el inolvidable Antonio Vico, cuya escuela es la que sigue y nosotros se lo aplaudimos. Su primer maestro fué el ilustre Catalina; su último, Vico. Con el talento que posee el Sr. Ortega y recordando dichos maestros, es consecuencia lógica que se gane las simpatías de los publicos y el dictado de notable.

El ilustre Catalina, le educó en la comedia, el inspirado Vico en el drama, de ahí que no habiendo echado simiente en tierra estéril tan grandes maestros, Ortega se distinga lo mismo en lo dramático que en lo cómico, condiciones, que el público ha sabido apreciar y premiar como es justo y merecido.

Su esposa Doña Dolores Ricart es toda una artista de talento que ha cosechado triunfos muy legítimos no solo en América, sino también en Europa.

La señora Goula, ha sabido captarse las simpatías de los istmeños con sobra de razón.

Buena artista, se posiona con facilidad de los difíciles papeles que se le encomiendan y en *Lo sublime en lo vulgar* rayó á gran altura. Para ella nuestro aplauso muy merecido y nuestra voz de aliento sincero.

Ricardo Luque Alba es un buen actor cómico lleno de sal, de gracia y de talento, que domina las tablas con suma facilidad. No exagera en sus roles y sabe sacar recursos en las más raras situaciones escénicas.

Su voz de tenor cómico es regular; la necesaria para el género que cultiva, y su decir y su acción más que buenos.

Ama la escena y aún fuera de las tablas se nota en él el artífice de talento que goza en hacer reír.

Tutau merece de todos aplausos prolongados y frases sinceras que lo impulsen hacia la cima del arte.

Con el tiempo él será grande, pues, su único defecto hoy es una pronunciación catalana muy marcada, y éste lo irá perdiendo á medida que vaya conociendo públicos y haciendo obras castellanas.

Nina Martínez buena, muy buena y los demás artistas de acuerdo con sus compañeros.

De todos en otra oportunidad nos ocuparemos mas extensamente, lo mismo que del joven Maestro Concertador, hábil pianista que bien vale en oro lo que pesa.

Y para terminar un buen abrazo á Paquita la deliciosa tiple cómica de ocho años, llena de gracia, salero y bondad.

ZEMGANN.

Concurso de Cuentos

Hasta el 1.º de Marzo queda abierta nuevamente la admisión de cuentos, de acuerdo con las indicaciones del Jurado Calificador.

CONDICIONES:

Los cuentos han de ser inéditos, escritos á máxima desde el título hasta la firma, y no han de constar de menos de dos hojas de papel de oficio escrito por una sola cara ni de mas de seis. Se calculan cuarenta renglones para cada página.

Los cuentos se enviarán en cubiertas separadas, marcadas por el lado exterior con escritura á máquina: *Cuento para el Concurso* y vendrán autorizados por una sola inicial, cifra ó pseudónimo no conocido.

En cubierta aparte marcada: *Firma del autor del cuento tal autorizado por tal inicial (cifra ó pseudónimo)*, vendrá la firma autógrafa del autor.

Los envíos se aceptan hasta las seis de la tarde del día 1.º de Marzo próximo. Después de esta fecha los cuentos recibidos se pondrán en manos de una Junta Calificadora compuesta de los señores doctor Cirio L. Urriola, Narciso Garay y Samuel Lewis.

El mejor cuento será premiado con una medalla de plata, y el que le siga en merito con una de bronce, como recuerdo del concurso.

Suplicamos á los literatos que deseen tomar parte en este torneo, la lectura cuidadosa de las condiciones anotadas, para evitarnos luego molestias y disgustos.



NOTAS

ES UN PRIMOR MARÍA HELENA la adorable *picciarella* de nuestro amigo José Agustín Arango Ch. No hay quién no la vea que no quede encantado con ella. Toda la gracia, toda la gentileza y toda la seducción meridional están reunidos en esa adorable criatura, promesa halagadora de belleza é inteligencia. Por eso EL HERALDO DEL ISTMO ostenta en sus páginas el retrato de MARÍA HELENA, flor tropical que las perfuma y engalana.



PROCEDENTES de los Estados Unidos del Norte están desde hace algunos días en esta capital, el Señor don Ramón Arias Ferand, banquero y agente de la *American Trade Developing Co.*, acompañado de su estimable señora y algunos de sus hijos; don Olmedo Alfaro, hijo del General Eloy Alfaro, quién acaba de concluir sus estudios de ingeniería con notable éxito, y don Adolfo Arias, joven estudiante hijo del señor don Ricardo Arias.

A tan estimables viajeros felicitamos á su regreso á la tierra natal.



PRESENTAMOS al apreciable caballero don Manuel Espinosa B. nuestro pésame sincero, por la muerte de su señora tía doña Josefa Batista, ocurrida en Cartagena hace poco.



PÉRDIDA SENSIBLE es la sufrida por nuestro buen amigo Pablo Arosemena P. ultimamente. *Hermínia*, ángel de su hogar, que alegró sólo un momento, antes que someterse á las miserias de la vida, prefirió sondear los misterios de la muerte y se fué para siempre dejando sumidos en hondo desconsuelo á sus amantes padres.

Para ellos nuestras expresiones de condolencia.



EL NUEVO PLAZO para la admisión de cuentos al Concurso que abrimos expira el 1.º de Marzo. Faltan, pues, apenas trece días, y aún no hemos recibido ni uno solo. Esto acusa desidia grande ó indiferencia culpable de parte de nuestros literatos, ya que conocemos mas de diez de ellos, quedándonos cortos, que podrían tomar parte en ese torneo de la inteligencia, de manera digna y con buenas producciones.



PROCEDENTE de Cuba y Estados Unidos, está de nuevo en esta capital nuestro excelente amigo el doctor Alfonso Preciado, joven médico de grandes conocimientos y de brillante porvenir, á quien con placer saludamos á su regreso á la tierra natal.



NOS PERMITIMOS

llamar la atención de nuestros lectores hacia las condiciones establecidas para la admisión de soluciones de los juegos de imaginación que publicamos en la sección de *Recreaciones Intellectuales*.

CON EL NÚMERO ANTERIOR

repartimos á nuestros suscritores *El Eco de la Mañana*, correspondiente al mes de Enero próximo pasado, y sabemos que nuestras lectoras están entusiasmadas con la prima que en obsequio de ellas ofrecemos á nuestros favorecidos, es.



Recreaciones Intellectuales

33.—CHARADA EN FUGA DE CONSONANTES:

U.i.a. .i.a. e.e.a
e .o.o.á. e.e.u.o
ie..a .o.a. e.o.u.o,
a.io.a.a.a .u.a.ue.a.
ue. ue.e.ú.i.a. ie...o
a.á .o.o.i.e.u.a:
a.íe. ua. .o.o...e a.u.a
u.o.e.e.i.io.a.ue...o
o.a.e.i.e.ia a.a.o
.e.íe.o.e.i.íó.
a.a.á.i.i.a.íó.
ue.o.a.a.o.a.a.o.
i.e.u.a.o.e.e.e
A.a.e.e. .o.o.e.e.o:
E., ue. e.e.o., u.o.e.o.
ie...e.u.a.o.o.a.e.e.

34.—LOGOGRIFO NUMÉRICO:

1234567 Rey de armas
543267 Lugar de España
67573 Afección del ánimo; sensación
5434 Apellido
643 Verbo regular
32 Nota musical
1 Consonante

35.—CHARADA:

Es prima dos tres cuatro.
Mi tres cuatro concibe
La prima dos en donde
Dos quinta vive;
Porque la todo
Me la prima dos quinta
De cualquier modo.

J. P. F.

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

33. "Las Vírgenes de las Kocas", de D'Annunzio.
34. "Vida de Jesús", de Renán.
35. "El secreto de la nieve", de Hugh Conwat

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Casís y Cia. un día después de la salida del periódico.

SÓLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS LLEGUEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no tomarán en consideración.

Soluciones de las *Recreaciones* del número anterior:

29.—El reconocimiento de nuestros derechos por los Estados Unidos es la prueba más convincente de que somos respetados como nación soberana.

30.—*Los dos espejos*. La conciencia es un espejo que nuestros actos refleja. el bueno goza mirarse,—el malo quebrarlo intenta.—El malo que romperlo intenta,—sin pensar que, torpe y ciego,—romperlo en dos pedazos—se encuentra con dos espejos.

31.—Entre Chitanes.

32.—Filomena.

Obtuvieron premio: por la 29.ª, Jorge L. V. redes; por la 30.ª, José Anibal González; por la 31.ª, Francisco A. Jimenez y por la 32.ª, Albino H. A. semena.

Enviaron soluciones además: De la 29.ª, Olegario Henríquez, Ramón Noriega.

De la 31.ª Francisco A. Jimenez, Domingo menez.

De la 32.ª Ramón Noriega, Francisco A. Jimenez y José Anibal Gonzáles.

Rico, en las rompientes de la Isla de Cabra, en la que permaneció cinco días, hasta que fué recogido por unos pescadores y conducido á dicha capital, cuyo Ayuntamiento le entregó ropas y cincuenta pesos.

Con la audacia é inesperienza propias de la poca edad (14 años), se anunció como célebre monologuista, presentándose ante un público por vez primera en el Teatro principal de San Juan de Puerto Rico.

El resultado de la función, él mismo lo describe en estas palabras: "Fué tal la lluvia de hortalizas y el zumbido de protestas y silbidos, que me pareció más imponente que el bramido de las olas, que habían puesto en peligro mi vida en el terrible naufragio."

Enterados sus atribulados padres del paradero del hijo pródigo, le mandaron el pasaje y recursos para que regresara á su lado. Una vez en Barcelona, le dedicaron al comercio, pero convencidos de que no podían sacarle punta, le autorizaron para que siguiera su inclinación, ingresando en el teatro del Circo en la compañía de D. Juan Alba; luego al año siguiente en el teatro Romea, bajo la dirección de D. Joaquín García Parreño; más tarde en Novedades, con el inolvidable D. José Valero, y por fin como primer galán joven, en la compañía del ilustre D. Manuel Catalina.

Desde esta fecha disfrutó de buenas contratas y puestos distinguidos en los teatros Principal, Liceo, Novelades y Español, de Barcelona, donde actuó por espacio de siete años consecutivos.

En unión de su esposa la primera actriz D. Dolores Ricart, y contratado por D. Antonio Vico y Delgado marchó varias veces á las Américas, recorriendo Cuba, Puerto Rico, Venezuela, Panamá, Guatemala, Salvador, Costa Rica, Bolivia, Chile, Perú, Montevideo y Buenos Aires, por espacio de doce años.

La viajado parte de Francia, Inglaterra, Estados Unidos y toda la Italia, actuando en los teatros de Génova, Milán, Nápoles, Venecia y Roma como primer actor.

Ultimamente fué contratado para una nueva tournée en las Américas, por el inolvidable Antonio Vico, cuya escuela es la que sigue y nosotros se lo aplaudimos. Su primer maestro fué el ilustre Catalina; su último, Vico. Con el talento que posee el Sr. Ortega y recordando dichos maestros, es consecuencia lógica que se gane las simpatías de los públicos y el dictado de notable.

El ilustre Catalina, le educó en la comedia, el inspirado Vico en el drama, de ahí que no habiendo echado simiente en tierra estéril tan grandes maestros, Ortega se distinga lo mismo en lo dramático que en lo cómico, condiciones, que el público ha sabido apreciar y premiar como es justo y merecido.

Su esposa Doña Dolores Ricart es toda una artista de talento que ha cosechado triunfos muy legítimos no solo en América, sino también en Europa.

La señora Goula, ha sabido captarse las simpatías de los istmeños con sobra de razón.

Buena artista, se posesiona con facilidad de los difíciles papeles que se le encomiendan y en *Lo sublime en lo vulgar* rayó á gran altura. Para ella nuestro aplauso muy merecido y nuestra voz de aliento sincero.

Ricardo Luque Alba es un buen actor cómico lleno de sal, de gracia y de talento, que domina las tablas con suma facilidad. No exagera en sus roles y *sacó sacar recursos* en las más raras situaciones escénicas.

Su voz de tenor cómico es regular; la necesaria para el género que cultiva, y su decir y su acción más que buenos.

Ama la escena y aún fuera de las tablas se nota en él el artísea de talento que goza en hacer reír.

Tutau merece de todos aplausos prolongados y frases sinceras que lo impulsen hacia la cima del arte.

Con el tiempo él será *grande*, pues, su único defecto hoy es una pronunciación catalana muy marcada, y éste lo irá perdiendo á medida que vaya conociendo públicos y haciendo obras castellanas.

Nina Martínez buena, muy buena y los demás artistas de acuerdo con sus compañeros.

De todos en otra oportunidad nos ocuparemos mas extensamente, lo mismo que del joven Maestro Concertador, hábil pianista que bien vale en oro lo que pesa.

Y para terminar un buen abrazo á Paquita la deliciosa tiple cómica de ocho años, llena de gracia, salero y bondad.

ZEMGANNO.

Concurso de Cuentos

Hasta el 1.º de Marzo queda abierta nuevamente la admisión de cuentos, de acuerdo con las indicaciones del Jurado Calificador.

CONDICIONES:

Los cuentos han de ser inéditos, escritos á máquina desde el título hasta la firma, y no han de constar de menos de dos hojas de papel de oficio escrito por una sola cara ni de mas de seis. Se calculan cuarenta renglones para cada página.

Los cuentos se enviarán en cubiertas separadas, marcadas por el lado exterior con escritura á máquina: *Cuento para el Concurso* y vendrán autorizados por una sola inicial, cifra ó pseudónimo no conocido.

En cubierta aparte marcada *Firma del autor del cuento tal autorizado por tal inicial (cifra ó pseudónimo)*, vendrá la firma autógrafa del autor.

Los envíos se aceptan hasta las seis de la tarde del día 1.º de Marzo próximo. Después de esta fecha los cuentos recibidos se pondrán en manos de una Junta Calificadora compuesta de los señores doctor Cirio L. Urriola, Narciso Garay y Samuel Lewis.

El mejor cuento será premiado con una medalla de plata, y el que le siga en merito con una de bronce, como recuerdo del concurso.

Suplicamos á los literatos que deséen tomar parte en este torneo, la lectura cuidadosa de las condiciones anotadas, para evitarnos luego molestias y disgustos.



NOTAS

ES UN PRIMOR

MARÍA HELENA la adorable *picciarella* de nuestro amigo José Agustín Arango Ch. No hay quién no la vea que no quede encantado con ella. Toda la gracia, toda la gentileza y toda la seducción meridional están reunidos en esa adorable criatura, promesa halagadora de belleza é inteligencia. Por eso EL HERALDO DEL ISTMO ostenta en sus páginas el retrato de MARÍA HELENA, flor tropical que las perfuma y engalana.

PROCEDENTES

de los Estados Unidos del Norte están desde hace algunos días en esta capital, el Señor don Ramón Arias Feraud, banquero y agente de la *American Trade Developing Co.*, acompañado de su estimable señora y algunos de sus hijos; don Olmedo Alfaro, hijo del General Eloy Alfaro, quien acaba de concluir sus estudios de ingeniería con notable éxito, y don Adolfo Arias, joven estudiante hijo del señor don Ricardo Arias.

A tan estimables viajeros felicitamos á su regreso á la tierra natal.

PRESENTAMOS

al apreciable caballero don Manuel Espinosa B. nuestro pésame sincero, por la muerte de su señora tía doña Josefa Batista, ocurrida en Cartagena hace poco.

×

PÉRDIDA SENSIBLE

es la sufrida por nuestro buen amigo Pablo Arosemena P. ultimamente. *Herminia*, ángel de su hogar, que alegró sólo un momento, antes que someterse á las miserias de la vida, prefirió sondear los misterios de la muerte y se fué para siempre dejando sumidos en hondo desconsuelo á sus amantísimos padres.

Para ellos nuestras expresiones de condolencia.

+

EL NUEVO PLAZO

para la admisión de cuentos al Concurso que abrimos expira el 1.º de Marzo. Faltan, pues, apenas trece días, y aún no hemos recibido ni uno solo. Esto acusa cesidia grande ó indiferencia culpable de parte de nuestros literatos, ya que conocemos mas de diez de ellos, quedándonos cortos, que podrían tomar parte en ese torneo de la inteligencia, de manera digna y con buenas producciones.

+

PROCEDENTE

de Cuba y Estados Unidos, está de nuevo en esta capital nuestro excelente amigo el doctor Alfonso Preciado, joven médico de grandes conocimientos y de brillante porvenir, á quien con placer saludamos á su regreso á la tierra natal.

+

NOS PERMITIMOS

llamar la atención de nuestros lectores hacia las condiciones establecidas para la admisión de soluciones de los juegos de imaginación que publicamos en la sección de *Recreaciones Intelectuales*.

CON EL NÚMERO ANTERIOR

repartimos á nuestros suscritores *El Eco de la Moda*, correspondiente al mes de Enero próximo pasado, y sabemos que nuestras lectorcitas están en tusiasmadas con la prima que en obsequio de ella ofrecemos á nuestros favorecedores.



Recreaciones Intelectuales

33.—CHARADA EN FUGA DE CONSONANTES:

U.i.a. i.i.a. e.e.e.a
e.o.o.o.á. e.e.u.o
i.e..a.o.a. e.o.u.o,
a.i.o.a.a.a.u.a.uie.a.
uie. ue.e.e. ú.i.a. i.e...o
a.á. o.o. i.e.u.a;
a.ié. u.a. o.o...e a.u.a
u.o.e.e. i.i.o.a. ue...o
o.a. e.i.e.ia a.a.o
e.i.e.o.e.i.ió.
a.a.á. i.i.a.ió.
ue.o.a.a.o.a.a.o.
i.e.u.a.o.e.e.e
A.a.e.e. o.o.e.e.o.
E. ue.e.o., u.o.e.o.
i.e...e.u.a.o.o.a.e.e.

34.—LOGOGRIFO NUMÉRICO:

1234567 Rey de armas
543267 Lugar de España
67573 Afección del ánimo; sensación
5434 Apellido
643 Verbo regular
32 Nota musical
1 Consonante

35.—CHARADA:

Es prima dos tres cuatro,
Mi tres cuatro concibe
La prima dos en donde
Dos quinta vive;
Porque la todo
Me la prima dos quinta
De cualquier modo.

J. P. F.

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

- 33. "Las Vírgenes de las Rocas", de D'Annunzio.
- 34. "Vida de Jesús", de Renán.
- 35. "El secreto de la nieve", de Hugh Conway

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Casís y Cia. un día después de la salida del periódico.

SÓLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS ENVIEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no se tomarán en consideración.

Soluciones de las *Recreaciones* del número anterior:

29.—El reconocimiento de nuestros derecho por los Estados Unidos es la prueba más concluyente de que somos respetados como nación soberana.

30.—*Los dos espejos*. La conciencia es un espejo que nuestros actos refleja. el bueno goza en mirarse, —el malo quebrarlo intenta. —El malo que brarlo intenta, —sin pensar que, torpe y ciego, al romperlo en dos pedazos—se encuentra con dos espejos.

31.—Entre Caimanes.

32.—Filomena.

Obtuvieron premio: por la 29.ª, Jorge L. Pañeres; por la 30.ª, José Anibal González; por la 31.ª Francisco A. Jimenez y por la 32.ª, Albino H. Aró semena.

Enviaron soluciones además:

De la 29.ª, Olegario Henríquez, Ramón Noriega.

De la 30.ª Francisco A. Jimenez, Domingo Jimenez.

De la 32.ª Ramón Noriega, Francisco A. Jimenez y José Anibal Gonzáles.

BLANCA DE VARELLES

NOVELA DE PASION

DE JEAN DE LA HIRE.

TRADUCCION DE EVERARDO VELARDE

CAPITULO PRIMERO.

II

Omnia vincit Amor,
VIRGILIO.

(Continuación)

Era una capilla de campo, pobre y misteriosa en cuyo recinto cargado de perfumes diversos se distinguía el olor fuerte del incienso rancio y el insípido y soso de la humedad. Las paredes, estucadas y pintadas con cal estaban cubiertas de cuadros ennegrecidos, de ex-votos sencillos y de imágenes piadosas. En grandes jaulas de vidrio dos naves pequeñitas entreveíanse, preciosas por la tenuidad de sus cordajes, la fineza de sus velas y el trabajo exquisito de sus carenas. A la izquierda se abrían dos pórticos formando capillas laterales en la primera de las cuales, descubríase la estatua de San Vicente Ferrer flanqueada por un San Juan Bautista y un San Jacobo de colores pálidos. Delante del primero un cirio ardía. En la segunda, un Cristo lamentable y sucio, inclinaba su cabeza ensangrentada, mientras que la Virgen y Magdalena, vestidas con túnicas de seda pálida lo contemplaban con aire suplicante y triste.

Esta evangélica pobreza incitaba á las oraciones y súplicas misteriosamente cuchicheadas, á los silencios enternecidos y respetuosos y á los arrodillamientos prolongados. Mas que en cualquier suntuosa basílica, se sentía allí á Dios muy cerca y

la, arrebatándola hacia otro mundo en el cual las lágrimas son dulces y sacrilegio la risa, en donde el sacrificio es ley y perdición el goce. Y en medio de ese llanto silencioso, un cuchicheo de súplicas ardientes pronunciadas por labios rutinarios, se elevaba sin cesar ocasionando un ruido dulce, como el vuelo de una mística paloma.

Blanca no pensaba, no reflexionaba: oraba. Oraba en medio del anonadamiento de todo su sér, en medio de la muerte de todas sus otras facultades. Oraba cual si la oración hubiera sido su razón primera y su supremo fin, el abandono completo de la tierra y la real y definitiva conquista del cielo.

Qué decía! Nada que pueda expresarse. Exclamaciones apasionadas, palabras ardientes, frases quemantes que se escapaban de su corazón y que, piadosamente, fielmente, repetían sus labios, sus bellos labios ignorantes del soplo pernicioso del hombre, sus puros labios de virgen, predestinados intérpretes del amor perfecto.

Entre sus dedos, de antigua madona, dedos delicados y largos, de rosadas y brillantes uñas, las lágrimas corrían, lentas y comprimidas, semejantes á perlas relucientes, engarces sagrados de in-materiales anillos, como los que portar deben las Vírgenes y Mártires en los sobrenaturales jardines del paraíso.

A causa de su recogimiento cuasi extático, Blanca no oyó que abrían la puerta de la capilla.

—Voy, respondió ella en voz baja.

Rápidamente enjugó dos lágrimas que aún colgaban, cual perlas, de sus párpados y salió. En la calle, el resplandor del sol le hizo cerrar los ojos, y un pequeño estremecimiento, algo como una sensación de miedo, la agitó. Después con el calor que se desprendía del cielo, sintió que un dulce bienestar la invadía. Sin embargo, su exaltación de la hora anterior no la abandonaba, y fué como en un sueño que subió las gradas y la escalera del castillo y entró al comedor.

El señor de Bisson-Chantal y Jacobo estaban ya sentados. Se habló poco terminándose el almuerzo sin que el filósofo hubiera cesado de pensar en su capítulo sobre las *Enfermedades de la Voluntad*, el poeta en ciertos versos que componía desde hacía algunos días y la niña en cosas muy oscuras y muy vagas que la llenaban de una gran turbación y de una angustia física inexplicable.

III

Inmediatamente después de los postres, el señor de Bisson-Chantal volvió á su cuarto de trabajo, pero Blanca y Jacobo se fueron al jardín que estaba detrás del castillo. Este era mas un parque que un jardín, pues las flores con cuidado cultivadas eran allí raras; en cambio los árboles eran numerosos y todo convidaba á la aventura: grandes rosales trepándose al rededor de árboles mirtifórmes y zarzales de oxiacanto entredándose y cu-

Farmacia y Droguería

"EL GLOBO"

* Carrera de Páez, esquina á Girardot.—Frente á San Juan de Dios *

* PANAMA *

AGENTES del SULFATO de
QUININA de PELLETIER,

Kine Carles, Píldoras Haydock, Especialidad del Doctor AYER, Peruvian Bitters, Vino San Rafael, Especialidades Milhau, Remedios Cuticura, Agua Florida de McKesson & Robbins, Píldoras Oporto, & &

Surtido completo de Drogas, Medicinas, Productos químicos y farmacéuticos, Perfumería, Pinturas, Aceites, Barnices, Libros etc., etc.

Precios los más bajos de
la plaza, al contado.

*NADIE DEBE COMPRAR ARTICULOS DE NUESTRO GIRO
SIN TOMAR ANTES NUESTROS PRECIOS.*

Píduse nuestro precio corriente.

Y. Preciado y Cía.

ALMACEN DE MODAS

Maduro e Hijos

PANAMA.

Siempre tenemos en existencia surtido completo de artículos para señoras y caballeros. Entre las mercancías recién llegadas figuran:

TAFETANES negros labrados
GROS seda negro y colores.

SEDAS japonesas. Rasos negros labrados. Mesalinas de seda.

FALDAS HECHAS. ROPA INTERIOR.

VIOLE NEGRO. Gasas de Crespón. **ENCAJES.** Lanas de colores.

OBJETOS electro-plateados.

Tarjetas postales con vistas.

LIBRERIA

HISPANO-COLOMBIANA

Carrera de Sucre

Gran surtido de Libros de Enseñanza, de Literatura, de Medicina, de Jurisprudencia, de Religión, Novelas, &

PAPEL y sobres de oficio, de cartas y de escuela. Papel y sobres de luto, papel y sobres en cajitas de fantasía; Tarjetas en blanco y surtido completo de papelería.—Libros en blanco y rayados para cuentas, desde pequeñas Libretas hasta juegos de libros para casas de comercio.

A los señores empleados públicos se les suministran para sus Oficinas á precios especiales muy reducidos.

NOTA.—Se acaba de recibir un hermoso surtido de plumas de oro, de marfil y de nácar, lindos Devocionarios con pasta de marfil, nácar, carey y madera esculpidas.

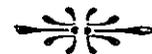
Suscripción permanente á los principales periódicos literarios, ilustrados y de modas.

Material para Escuelas.

Y. Preciado y Cía.

A La Ville de Paris

H. de SOLA & Co.



Desean muy feliz año nuevo al público en general y á su numerosa clientela en particular y les ofrece como siempre un completo y elegante surtido de mercancías de todas clases, entre las cuales se hallan los siguientes artículos:

Ropa hecha de Casimir, Diagonal y de Dril, Chalecos de Piqué y de fantasía, Perfumería de las marcas más acreditadas y superiores, tales como

ROGER y GALLET,
PIVER. PINAUD y COLGATE.

Calzado de superior clase para hombres mujeres y niños

Calzado EMERSON

Máquinas de la National Sewing Machine Co., de fácil manejo y á precios que desafían competencia.